



liturgiapapal.org

HOMILÍAS DOMINICALES

TIEMPO DE ADVIENTO

CICLO A

I domingo de Adviento

“A la hora que menos lo piensen, vendrá el Hijo del hombre”

Estas palabras de Jesús, que acabamos de escuchar, pueden parecernos extrañas al inicio del Adviento. Podemos pensar que sí sabemos el día en que festejaremos la venida del Señor en su Natividad. La celebraremos el 25 de diciembre, y por eso hoy iniciamos este tiempo.

Escuchamos ese pasaje porque el Adviento no solo tiene como finalidad prepararnos a la Navidad. Desde sus orígenes este tiempo ha sido un periodo de preparación de la segunda venida de Jesucristo, al final de los tiempos. Hasta el 16 de diciembre nos centraremos en preparar la parusía, el advenimiento glorioso del Salvador. Posteriormente la liturgia ya se centrará en disponernos para celebrar el misterio de la Natividad.

El Adviento es un camino hacia la luz, como escuchamos en la primera lectura. Jesús es el sol que nace de lo alto. Es la luz que pronto nos encontrará, pues la noche está avanzada y se acerca el día, como escuchamos a san Pablo en la segunda lectura.

¿Y qué ocurrirá cuando la luz de Cristo se haga presente con toda su gloria en el mundo, el último día? ¿Qué pasará cuando Jesús se constituya como árbitro de las naciones y juez de los pueblos, como dice la primera lectura? Nos lo dice Jesús en el pasaje del Evangelio que leímos. Será un momento en el que unos serán tomados y otros dejados.

Todos queremos que el Señor nos lleve con él. Para eso debemos dejarnos tomar por Jesús desde hoy. Seremos tomados porque fuimos tomados, porque nos dejamos atrapar desde hoy en la red de su amor. El Señor toma a los que lo toman.

¿Cómo podemos tomar a Jesús? En primer lugar, tomando la mano de los necesitados, de los pobres, de los enfermos, de los hambrientos, para

socorrerlos. Porque lo que hacemos con ellos, lo hacemos con el juez que nos juzgará (Mt 25, 45).

En segundo lugar, tomando sus palabras, meditándolas, platicándolas con él, y poniéndolas en práctica, pues así no seremos llamados a juicio, sino que poseeremos la vida eterna (Jn 6, 54).

En tercer lugar, tomando su cuerpo como invitó en la Última Cena (Mt, 26, 26), pues comiendo a Jesús permanecemos en él y él en nosotros, y podremos vivir eternamente en él (Jn 6, 54).

Las obras de misericordia, la oración, y los sacramentos son las armas de la luz, a las que se refiere san Pablo en la epístola que escuchamos. Haciendo eso encontramos al Señor, y podemos entablar una relación personal con él. De esta forma, el día final no encontraremos a un juez, sino a nuestro amigo Jesús. Cuando ese día tome y deje, no habrá duda que iremos con él, porque Jesús quiere estar con los que ama especialmente.

En el salmo repetimos que caminamos con alegría hacia el encuentro con el Señor. María es quien con más alegría ha esperado a Jesús. Para ella no es un juez, sino su Hijo. A ella nos encomendamos para que este Adviento sea el tiempo del encuentro personal con Jesús.

II domingo de Adviento

“Preparen el camino del Señor, enderecen sus senderos”

Esta es la invitación que nos hace Juan el Bautista para preparar tanto la Navidad como la segunda venida de Jesús, el día en que se alce como bandera de los pueblos y que sea gloriosa su morada, preámbulo a que el lobo y el cordero vivan juntos, como escuchamos en la primera lectura.

Preparar el camino y enderezar los senderos supone, como dice Juan, convertirse. La conversión es un proceso de transformación. Dejar de ser algo, y empezar a ser otro. ¿En qué nos debemos convertir? En Jesús. Así de simple. La vocación cristiana supone identificarnos totalmente con Jesús. Tener un solo corazón con Cristo, como escuchamos en la segunda lectura. Es decir, amar a quien ama Jesús.

El Señor defiende a los desamparados y pobres, escuchamos en la primera lectura. En el salmo escuchamos que el Señor se apiada de los desvalidos, de los pobres y de los desdichados. Desamparados, pobres, desvalidos y desdichados son, pues, a los que ama Jesús, y a quienes tenemos que amar para tener un solo corazón con él, para convertirnos en Jesús.

No se trata sólo de sentir lástima por los desventurados de este mundo, de tener un sentimiento, de pensar y expresar tristeza por su situación. Como indica el Bautista, hay que hacer ver con obras nuestra conversión.

El Bautista se alimentaba de saltamontes y de miel silvestre. Si tenemos festejos navideños un poco mas austeros, seguramente alguien podrá comer un poco mejor con lo que ahorremos. Juan vestía una túnica de pelo de camello, ceñida con un cinturón de cuero. Con regalos menos lujosos en esta época, alguien va a poder dejar de pasar frío con nuestro desprendimiento.

Pero podemos pensar también en ese familiar o en ese amigo que, más que comida, lo que necesita es alimentarse de nuestra conversación por su soledad; o en ese otro que necesita ser vestido con nuestro abrazo porque está enfermo y requiere también de la medicina de cariño.

Escuchamos que el Precursor les dijo a los fariseos y saduceos que hasta de las piedras puede Dios sacar hijos de Abraham. Obras buenas las hacen también los no cristianos. A eso le llamamos filantropía. ¿Qué diferencia hay entre lo que hacemos los cristianos?

Que nosotros lo hacemos por amor a Dios; nosotros encontramos a Cristo en el sediento, en el hambriento y en el desnudo; nosotros obramos con el amor de Jesús porque tenemos un solo corazón con él. El bautismo de Jesús, que todos recibimos, es el bautismo en el Espíritu Santo y su fuego. El Espíritu Santo es el amor de Dios que se derramó en nuestros corazones para que nosotros lo entreguemos a los demás. El fuego del Espíritu acrisola nuestro corazón y el de Jesús.

Nosotros hacemos caridad cristiana, que va más allá de la filantropía, porque supone el amor de Cristo. Entregamos cobijas, alimento, medicina, y nuestro tiempo, pero con amor al desdichado. Con nuestro amor y con el amor de Cristo que desborda en nuestros corazones.

El fuego del Espíritu que recibimos en el bautismo se ha podido ir apagando con nuestras malas acciones. Nuestro corazón se ha podido ir separando del de Jesús. Es por ello que también el evangelio de hoy nos invita confesar nuestros pecados, como hacían los habitantes de toda Judea.

El Adviento es un tiempo propicio para hacer una buena confesión, que remueva todas esas piedras que impiden que arda el fuego del Espíritu, esa combustión necesaria para que haya una fusión entre nuestro corazón y el de Jesús.

Que nuestra Madre, María Santísima, que recibió el amor de Dios con toda plenitud, nos ayude a recibir ese amor para poderlo derramar en los demás, y así preparar los caminos al Camino (Jn 14, 6).

III domingo de Adviento

“¿Eres tú el que ha de venir o tenemos que esperar a otro?”

Esta fue pregunta que le hicieron a Jesús los discípulos de Juan. El Bautista estaba en la cárcel. El mas grande de los nacidos de mujer ha sido capturado por el poderoso. Podemos pensar en la desilusión de sus seguidores. ¿Qué el Mesías no sería un justiciero que vendría a salvar y a vengar, como escuchamos en la primera lectura?, quizá se preguntaban.

En el mundo hay sufrimiento. Todos lo experimentamos diariamente. Por eso podemos pensar lo mismo que los discípulos de Juan: ¿qué no iba a venir Jesús a liberar? Ante esa pregunta solo cabe nuestra esperanza en Jesús. Él se encargará de hacer justicia al oprimido y aliviar al agobiado, como escuchamos en el salmo.

Por ello, Jesús no les respondió a los discípulos de Juan afirmando que era el Mesías, sino que les pidió contar lo que veían: que “los ciegos ven, los cojos andan, los leprosos quedan limpios, los sordos oyen y los muertos resucitan”. Es como si les dijera: el auxilio del Señor sí llega. Los ciegos, cojos, leprosos, y sordos, que durante años sufrieron, ahora están alegres.

Esta es la invitación que nos hace la liturgia el día de hoy. En este tiempo de espera, nos invita a esperar con alegría. Por eso la antífona de entrada invita a estar siempre alegres, de donde ha tomado su nombre este domingo: *Gaudete*, alegréense. El color rosa de los ornamentos, que hoy se permite, también tiene el propósito de recordarnos que el Señor está cerca, que pronto nos vestiremos de blanco, y por eso debemos alegrarnos.

Para los cristianos, esperanza y alegría van de la mano. No podemos esperar sin alegría. Eso sería optimismo. El optimismo es pensar que las cosas siempre saldrán bien ante la opción de que salgan de una forma o de otra. Las cosas pueden no salir como pensábamos, pero eso no nos quita la esperanza, porque nosotros esperamos en el Señor, confiamos en que,

cuando él lo considere oportuno, nos alegraremos en él. Nosotros, como escuchamos en la segunda lectura, esperamos que llegará el fruto precioso, sea producto de las lluvias tempranas o de las tardías. Mientras aguardamos pacientemente.

No podemos alegrarnos sin esperanza. Eso sería una satisfacción pasajera. Lloramos y lloraremos. Sufrimos y sufriremos. Pero eso no le quita la alegría al cristiano, porque, como dice la antífona de entrada, estamos alegres en el Señor. El nos rescatará y nos coronará de perpetua alegría, como escuchamos en la primera lectura. La esperanza en que eso suceda es la que sostiene nuestra alegría interior, pese a que lloremos o suframos en un momento.

Los discípulos de Juan podían sentirse apesadumbrados. Seguro que el Bautista no. Pese a estar en la cárcel, esperó en el Señor. Por eso, el apóstol Santiago nos invitó a tomar como ejemplo la paciencia en el sufrimiento de los profetas, entre los que se encuentra el Precursor, como lo reconoció Jesús.

Por eso, ante el sufrimiento y las lágrimas, no perdemos la esperanza en Jesús. Seguimos esperando en él. Cuando Cristo lo decida, será nuestra pena y aflicción terminarán y será grande nuestro gozo, como leímos en el pasaje de Isaías.

Le pedimos a Santa María, la maestra de la esperanza, que nos ayude a permanecer alegres ante la opresión, el hambre, agobio y iniquidad; que nos ayude a esperar en su Hijo, que nos ha asegurado que será dichoso quien no se sienta defraudado por él.

IV domingo de Adviento

“Sucedio que ella, por obra del Espiritu Santo, estaba esperando un hijo”

De esta forma nos explica san Mateo que José no es el padre de Jesús. Jesús es el Hijo del Padre Eterno, hecho hombre por obra del Espiritu Santo en el seno de María. Nosotros lo sabemos, pero José no. Podemos entender sus sentimientos al enterarse de la noticia.

José iba a casarse con la mejor mujer que ha pisado la tierra. Estaría lleno de planes y de ilusiones. Y, de repente, recibe una noticia que le cayó como agua fría. Como José, muchas veces tu y yo no tenemos idea de los planes de Dios. Hay acontecimientos que irrumpen en nuestra vida para cambiarla, y no nos gustan.

Humanamente José tenía dos posibilidades de actuar. La primera, la legal. Tenía derecho a repudiarla. Eso hubiera implicado un castigo a María, que era la lapidación.

La segunda posibilidad, que es la que primeramente eligió, era sobreponer la misericordia a la letra legal. Como amaba muchísimo a María –¿cómo no amarla?– decidió dejarla. Quedaría él como villano, como quien abandonó a una mujer embarazada, pero sobreviviría María.

A estas dos posibilidades humanas se suma una tercera, que es sobrenatural. Suponía confiar en Dios y aceptar ser parte de su plan. Así actuó finalmente José. Y el Padre le confió a su Hijo en la tierra. Le encomendó a su Esposa, a su Madre y a su Hija. Lo puso al frente de su familia.

José actuó sobrenaturalmente porque tenía un corazón amoroso, y por otra virtud que recalca el pasaje del Evangelio: era un hombre justo. La justicia es la virtud de dar a cada quien lo suyo. A ejemplo de José nosotros queremos ser justos. ¿Cómo podemos serlo?

En todas las misas hablamos de esta virtud, al inicio de la plegaria eucarística. Decimos que darle gracias al Señor es justo. ¿Cuántas veces le das gracias a Dios por lo que eres, por lo que tienes y por lo que haces? Todo se nos ha dado gratuitamente por aquel que es el dueño de la tierra y de todo lo que ella tiene, como escuchamos en el salmo.

En vez de quejarnos porque las cosas no se dan como nosotros pensamos, debemos darle gracias a Dios por dejarnos ser parte de su plan, como lo fue José, aunque no lo entendamos.

En la misa damos gracias a Dios por algo muy concreto. Más bien, por alguien muy concreto: por Jesucristo. ¿Somos conscientes de que le damos las gracias al Padre por Jesús? ¿De corazón le damos las gracias por Jesús?

José era justo porque le daba a Dios lo suyo, porque le dio la paternidad legal que le pidió. Aunque Jesús realmente es hijo del Padre Eterno, para los efectos legales, para los efectos humanos, José fungió como su padre. Por ello, en cuanto a su condición de hombre era del linaje de David, como nos recuerda la segunda lectura, tomando en cuenta que el ángel, en el Evangelio, recuerda que José era hijo de David.

José fue justo porque reconoció el derecho del Padre Eterno de ponerle nombre al Niño. Se llamaría Jesús, porque salvaría al pueblo de sus pecados. Ahora, tanto la primera lectura como el Evangelio recogen una profecía: el niño se llamaría Emmanuel. ¿Por qué el ángel dijo otro nombre? Porque uno es el nombre de su naturaleza y otro es el nombre de su misión. Jesús es el Emmanuel, el Dios-con-nosotros, que nos salva de nuestros pecados.

Le damos gracias al Padre Todopoderoso en cada misa porque en Jesús está con nosotros para salvarnos de nuestros pecados. En este último suspiro de Adviento podemos tomar conciencia de esto. Dios quiere estar entre nosotros para salvarnos. Y por ello celebraremos la Navidad dándole gracias a Dios por Jesús, el Emmanuel.

José fue el primer devoto de María. Con devoción le pedimos a ella que nos ayude a ser justos, a renovar de cara a la Navidad nuestra intención de ser instrumentos de la salvación por encima de nuestros planes.